

CRÓNICA DEL AFRICA NEGRA

EL acelerado proceso de fermentación africana, de que esta crónica es pálido reflejo, apenas tiene expresión concreta en noticias de cierta espectacularidad. Quizá por esto la atención mundial se ha desviado de un efímero primer plano africano. Ha habido una regresión en el interés mundial hacia el Continente negro. Regresión que afecta al aspecto publicitario, no a la efectividad de la acción.

Y así, la afluencia de población blanca al Africa negra —y no sólo al Africa negra— sigue continuada y creciente. Se pueden registrar sensibles aumentos de origen migratorio en Kenia, Rhodesia del Sur, determinadas zonas del Congo belga, Angola y Mozambique, etc. Por ejemplo: la población blanca de Rhodesia del Sur debe estar muy próxima a los 118.000 habitantes, habiendo casi duplicado la cifra en estos diez últimos años (64.000 en 1939). Esto a pesar de las disposiciones condicionadoras de la inmigración.

No sólo se registra este movimiento en las áreas consignadas, cuyas condiciones climatológicas permiten un relativamente cómodo asentamiento del europeo. Dakar, con su infernal temperatura, cuenta ya con una población blanca de 14.088 habitantes.

Unas veces es la exclusiva iniciativa particular, otras una corriente migratoria administrativamente encauzada y otras la necesidad de suministrar personal directivo, técnico o administrativo para llevar a cabo las grandes empresas en realización o proyecto. Pero el hecho destacable es que el incremento de los asentamientos europeos en determinadas zonas ha de determinar en un no largo período de tiempo una transformación radical en el equilibrio de la simbiosis colonial existente. Cualesquiera que sean las ideas que sobre la convivencia racial constituyan el bagaje de los recién llegados, la realidad impondrá sus exigencias. Formas muy similares a las que condicio-

nan esta convivencia en la Unión Sudafricana han de aparecer en otras áreas del Continente africano. Por otra parte, esta ampliación en el campo de contacto directo ha de influir notablemente en la corriente mundial de opinión en torno a los problemas interraciales africanos. No sería extraño un viraje en este sentido. Y pocas esperanzas de salvación nos ofrecerá Europa si antes de pocos años no reacciona ante hechos como el informe que sobre Tangánica ha presentado la Comisión de Fideicomisos de las llamadas Naciones Unidas, con la misma virulencia que los colonos blancos de Keña.

* * *

Con este trasplante de elemento humano a zonas africanas se van sentando en firme las bases de una futura integración euro-africana. Euráfrica puede ser una realidad. Desde luego, a su efectividad está subordinada la supervivencia de Europa como elemento decisivo de la futura constelación mundial. Esta idea de la integración euro-africana fué uno de los puntales de la propaganda germánica durante su expansión bélica. Y, a pesar de la cerrada reacción de los vencedores contra los mitos impulsores de los vencidos, ha encontrado vago eco en la Europa de la postguerra. Un eco un poco amortiguado, muy limitado por los egoísmos nacionales monopolizadores y cuyas realizaciones son desproporcionadamente mezquinas en relación con las exigencias históricas del momento.

Los proyectos de explotación masiva son la expresión más difundida del desenvolvimiento de esta integración, limitada a su aspecto económico en el propósito de las políticas metropolitanas. La puesta en práctica de estos proyectos constituye lo habitualmente destacado de la actualidad africana.

Paralela a esta realización de planes estatales, la industrialización de África entra en una fase de actividad creciente. Sobre todo si se tiene en cuenta que todo proceso de industrialización encuentra en sus comienzos las máximas dificultades. Lo que se agrava notablemente si se considera la difícil adaptabilidad de la mano de obra indígena a las necesidades de especialización. La iniciativa privada ha mostrado, tanto en este aspecto como en el de las empresas agrícolas, un tesón verdaderamente ejemplar. Aun cuando en muchos casos tropieza con interferencias administrativas o intromisión de los

planes estatales en lo que debiera quedar fuera de su incumbencia. Es de esperar que el gran fracaso —en cierto modo ribeteado de ridículo— de la monstruosa plantación de cacahuets en Africa oriental sirva de escarmiento y pueda ser utilizada como piedra de toque en la determinación de cuál debe ser el alcance de la actuación puramente estatal.

Hay, que registrar un paulatino aplacamiento en la subversión indígena. Primeramente el Congo belga (las colonias portuguesas siempre se mantuvieron al margen de la subversión). Ahora las colonias francesas. Las colonias inglesas —especialmente Costa de Oro— son las únicas que conservan focos de agitación permanente. Y, lo que es peor, no hay signos de próxima mejoría.

Mientras que la contigua Costa de Marfil —suscitadora hace apenas unos meses de tan serias preocupaciones— ofrece un aspecto de ejemplar apaciguamiento, en Costa de Oro las cosas presentan un cariz menos halagüeño. Tras las sangrientas turbulencias del año pasado, la inquietud se centra en las actividades de la Comisión Coussey, encargada de elaborar los textos base de una nueva situación constitucional a que Inglaterra accede. La Comisión, formada íntegramente por nativos, presuntos representantes de los distintos grupos y tendencias en que se diversifican las pretensiones autonómicas de los indígenas, ha terminado recientemente su labor. Se ha llegado a una fijación de mínimas coincidencias, pero a costa de no precisar el alcance de los términos. En la determinación de éste residen las preocupaciones de los círculos dominantes. Aunque todo ello incide sobre una situación de exasperación social de difícil apaciguamiento. Las concesiones de autonomía a que Inglaterra accede son siempre superadas por continuas exigencias. La «razonadora» política colonial laborista difícilmente se podrá apuntar un éxito. Las reformas apaciguadoras —casi siempre otorgadas contra las convicciones de las autoridades inmediatas— han surtido efectos contraproducentes. El mantenimiento de un dominio real bajo un simulacro teórico de autonomía, que es, en realidad, lo que la incierta política colonial inglesa se propone, no va a ser posible en Costa de Oro, al menos bajo los métodos actuales. Los negros están ya de vuelta de muchas cosas y no se resignan a simulacros. Si un grupo activador de la rebeldía pierde acometividad y llega a conformarse en una postura de transigencia, hay siempre un desgajamiento de los elementos intransi-

gentes que pronto centran la rebeldía. Así, K. G. Konuah integra el Comité Coussey y se presta a ciertas colaboraciones. En la United Gold Coast Convention se produce una escisión bajo el impulso de Nkrumah, máximo activador revolucionario. Este acaudilla la nueva «Convention People's Party», que cobija la mayoría de los jefes sindicales. «Si la independencia del país no es acordada este año, la juventud no vacilará ante ningún medio para conquistarla», ha dicho poco más o menos. Y su posición gana adeptos. Las condiciones económicas ofrecen para ello terreno abonado.

En Nigeria, tras la huelga ferroviaria de este verano (en plena faena el transporte del cacahuet), de carácter marcadamente político, hay signos cada vez más evidentes de que la campaña de agitación comunista ha sido considerablemente incrementada. La actividad subversiva del Sur empieza a inquietar a los hasta ahora tranquilos sultanatos del Norte, en los que el estancamiento político resultante del «indirect rule» empieza a resultar incómodo ante la acometida de la realidad circundante. Los complejos problemas que todo esto plantea van a encontrar difícil solución dentro de las limitaciones en que hoy se desenvuelve la política colonial inglesa. Por eso no nos extrañaría tener que registrar en nuestra próxima crónica un empeoramiento de la situación. Nuestros votos por lo contrario. De momento, el 2 de octubre, Zik ha emprendido un viaje a Inglaterra a fin de hacer propaganda en pro de la total independencia de Nigeria. Hace sólo unos meses sus exigencias eran considerablemente más modestas.

Recién terminada la guerra pareció que en la esfera de lo colonial Inglaterra encajaba el grave tropiezo del advenimiento laborista y que el tradicional realismo imponía sus formas. El acontecer tumultuoso, producto de la conmoción bélica, parecía canalizarse por cauces de sosiego. (Como signo significativo de lo que parecía definir la actitud laborista ante el problema colonial se recogió en esta Crónica la frase de Creech Jones en su primera visita al Africa oriental: «He venido aquí para aprender».) Pero parece que cuando se lleva encima todo el lastre de la ideología laborista, las posibilidades de aprendizaje se manifiestan muy atenuadas. Con este lastre, la política colonial inglesa ha perdido su elasticidad. Y esto coincide con un momento de revulsión mundial, de profundas repercusiones en los pueblos dependientes, que plantea situaciones muy delicadas y de gran complejidad. La mejoría iniciada no ha tenido continuidad. La alar-

ma ha llegado hasta el Parlamento, y en el curso de un debate el secretario de Colonias (Creech Jones de nuevo) ha reconocido que «la propaganda comunista es particularmente activa en las colonias, e incluso entre los estudiantes de color que se encuentran en Inglaterra, pero ha sido vigorosamente combatida por el Gobierno. El solo remedio verdaderamente eficaz contra el comunismo es el mejoramiento del nivel de vida de los pueblos coloniales». No creemos que esta frase sea más que uno de tantos «slogan» a que propende la retórica al uso. Si, por el contrario, respondiera a una íntima convicción y a ella ajustara sus actuaciones, no es difícil predecir que la desintegración acelerada del ensamblaje británico no se detendrá en el Continente negro. Considerar la inquietud del negro —inquietud resultante de muy complejos factores y principalmente de un esfuerzo infructuoso de adaptación cultural—, en cuya exacerbación al comunismo prolifera, como mera cuestión relacionada con el bienestar económico, es subestimar al negro y considerar su mentalidad a la altura de cualquier laborista.

Francia está dando, por el contrario, pruebas de un gran sentido político. Con una mayor escasez de medios —tanto para la imposición coactiva como para el levantamiento económico— ha obtenido mucho más favorables resultados. Los siguientes párrafos entresacados de un interesante artículo, que en *Marches Coloniaux* del 9 de julio publica Robert Lemeignen, refleja sensatamente la situación: «Pagaremos mucho tiempo la gran falta cometida al pretender calcar sobre la organización política y social africana, demasiado poco y demasiado mal conocida, una caricatura de nuestras instituciones electorales, en las cuales las masas indígenas, digan lo que digan hipócritamente ciertos beneficiarios, son incapaces de participar por falta de medios materiales de expresión. Hubiera sido, sin duda, de otro modo lógico y eficaz comenzar por la base y no por la cima, haciendo participar al africano de la gestión comunal, mucho más a su alcance y particularmente indicada para hacer un aprendizaje político».

* * *

Las cuestiones de trabajo indígena, cada vez más complicadas por el incremento industrial, sindicación, política de protección, etc., tiene su expresión concreta en multitud de disposiciones fijatorias de

las condiciones de trabajo, regulación de la *recluta*, corrientes migratorias, etc. La redacción del Código de Trabajo de los Territorios de Ultramar, que prepara la Asamblea de la Unión francesa y de que nos ocuparemos próximamente, es quizá lo más destacable a este respecto. Sin dejar de citar, por interesar a nuestra colonia en razón a la vecindad, el tratado Camerun-nigeriano, regulando el suministro de trabajadores nigerianos al Camerun en forma semejante al concertado con nuestra Guinea.

* * *

Y, para terminar, registremos en rápida sucesión una serie de hechos de muy diverso significado: En agosto ha tenido lugar en Nairobi una conferencia sobre los problemas de defensa del Africa oriental. Se está ensayando en el Congo belga la utilización de la cinematografía con fines educativos; se han hecho películas exclusivamente dedicadas a los indígenas y adaptadas a su mentalidad: grandes primeros planos lentos y largas secuencias. Portugal también prepara equipos trashumantes con los mismos fines. Prosigue la Unión sudafricana en sus intentos de sentar sobre bases más definidas las relaciones de convivencia interracial, pese al alharaca mundial que contra ello se ha levantado; se intensifica la política de segregación racial, y en el Congreso del partido nacionalista de Transvaal, celebrado en Pretoria, se señala la conveniencia de hacer extensivas a los indios las medidas de segregación. La afluencia de indígenas de las colonias vecinas a la Unión Sudafricana —el más eficaz mentís a ciertas propagandas malintencionadas—, es objeto de serias preocupaciones: «Si no luchamos contra la afluencia de las colonias vecinas llegaríamos a convertirnos en país negro», ha dicho el Dr. Malán. El número de estudiantes de color en Inglaterra e Irlanda se eleva a 3.400; buena presa para la propaganda comunista, que, desde luego, no se duerme. En las zonas limítrofes, con su área tradicional de influencia, se registra una suave infiltración islámica, lo que constituye una forma inusitada de propagación, habida en cuenta la habitual forma expresiva que ha caracterizado sus movimientos expansivos. Etc., etc.

LUIS TRUJEDA INCERA